

sueño, y si durante esta noche fuereis servido llevarme á vuestra divina y real presencia, no me juzguéis, Señor, con justicia, juzgadme con misericordia, pues á mí me pesa de lo íntimo de mi corazón de haberos ofendido. Madre mía, María, amparadme esta noche, y vos, ángel de mi guarda, defendedme para que siempre sea de mi Dios. Amén.

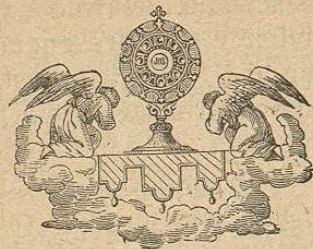
Padre nuestro, Ave María, Credo y la Lectura á la santísima Virgen.

Estando ya en la cama di:

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en la última agonía.

Jesús, José y María, recibid en vuestros brazos el alma mía.



MODO DE ASISTIR FRUCTUOSAMENTE Á LA SANTA MISA

EXCELENCIAS DE LA MISA

La santa Misa es el acto más augusto que hay en la Religión, y la cosa más grande que hay en el cielo y en la tierra, que ni los hombres la pueden comprender.

La santa Misa es una viva representación de la vida, pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, y un verdadero sacrificio en el cual el mismo Jesucristo se pone en la hostia y en el cáliz, y se ofrece á su eterno Padre

como víctima de nuestros pecados, y renueva aquel mismo sacrificio que hizo en la cruz. Por lo cual, dice San Juan Crisóstomo, asisten millares de ángeles á la Misa, y llenos de reverencia se están adorando á Jesucristo. Oye, pues, Misa todos los días que puedas, que no hay devoción mayor ni más provechosa.

AL TOCAR Á MISA

Hija de María, ¿no oyes tocar la campana? Es la voz de tu amabilísimo Redentor que te llama para que en alas de tu fe y caridad vuelas hacia el Calvario, á su santo templo, donde de un modo incruento quiere renovar en el santo sacrificio de la Misa aquel sacrificio con que redimió á todo el género humano derramando su preciosa sangre, hecho víctima de expiación por nuestra salud.

AL IR Á LA IGLESIA

Vete al templo; ve al lugar de esa escena sangrienta, y vete con la vista baja, con el paso grave, con un traje modesto y lleno de compostura, pues vas á ver morir á tu Dios, á recibir sus últi-

mos suspiros y á prestarle algunos socorros.

AL ENTRAR EN EL TEMPLO

No te detengas en el atrio á ver el que entra y el que sale; mala preparación es ésa para presenciar un acto tan solemne, tan augusto, al par que tan terrible; penetra en aquellas bóvedas respetuosas; todo debe aterrarte: la obscuridad de ellas, su silencio sepulcral, el eco de tus pisadas y de los entrecortados suspiros de almas justas que se enternecen al recuerdo de la escena que va á representarse; ponte de rodillas, y mientras que el Sacerdote se pone las sagradas vestiduras recuerda su significación y repasa, aunque sea en compendio, los pasos de Jesús desde el huerto hasta el Pretorio.

AL PONERSE EL SACERDOTE EL AMITO

Ya le cubren el semblante en casa de Caifás y se burlan de él: mira aquella chusma infernal, que por entretener la noche le da de pescozones y le pre-

gunta burlescamente: «Adivina quién te dió.» ¡Oh! Dios mío, qué paciencia tan asombrosa! Haced que yo la tenga para sufrir todas las injurias que mis prójimos me hagan.

AL PONERSE EL ALBA

Ya os veo, Jesús mío, en casa de Herodes, cubierto con esa vestidura blanca y ser tratado como loco: concededme la gracia de que yo desprecie los vanos juicios del mundo y no haga caso de sus necias críticas.

AL PONERSE EL CÍNGULO, MANÍPULO
Y ESTOLA

Atado os veis, mi Dios, por los esclavos de Satanás; una sogá á vuestra cintura para conducirnos con paso acelerado, á vuestro cuello para derribaros mil veces en tierra, y á vuestras manos para atarlas á la espalda, sin que os puedan valer en las caídas ni limpiaros el sudor de la frente. ¿Cuándo me verá yo atado con las dulces ligaduras de vuestro amor, para nunca ofenderos?

AL PONERSE LA CASULLA

Ya os ponen la púrpura de escarnio: cual rey de burlas os presentan al pueblo, á ese pueblo ingrato, que lleno de rabia pide vuestra muerte: dadme ¡oh Jesús mío!, que me vista yo con vestidura de modestia y de candor, aun cuando haya de ser objeto de escarnio para los libertinos. A ello me anima el ver figurada en esa cenefa la cruz que ponen sobre vuestros hombros, y ver cómo, cubierta ¡ay! con corona de espinas la cabeza, os conducen al Calvario.

AL SALIR EL SACERDOTE

Ya salís, mi dulce Jesús, del Pretorio; emprendido habéis esa jornada tan terrible, última que hicisteis con pasos mortales. ¡Ay! ¡qué de aficciones os esperan! ¡qué de angustias! ¡qué de tormentos! Caeréis bajo el peso de la cruz, y os levantarán á empellones tirándoos de la barba y del cabello; veréis á vuestra Madre atribulada, se conturbará vuestro corazón, y ni aun po-

dréis darle el último adiós por no exponerla á las burlas de los soldados... ¡Quién me diera, Señor, saberos servir tan fielmente que en tan grande aflicción pudiera consolaros!

Á LA CONFESIÓN

Ya tocáis, Señor, la falda del Calvario, y antes de subir ese penoso monte volvéis á caer bajo el madero de la cruz. Mis pecados son, eterno Dios, los que os abruman, mis crímenes, mis maldades. Yo soy el reo, y vais Vos á pagar la pena...; yo el delincuente, el que merezco mil muertes, y vais á sufrirla Vos tan ignominiosa; mis culpas, Jesús mío, mis gravísimas culpas os abruman y os condenan á morir en ese infame madero... Me pesa, Señor, me pesa con todo el corazón de haberlas cometido...; apiadaos de mí.

AL SUBIR AL ALTAR Y AL INTROITO

Llegasteis por fin á la cima del monte fatal. ¡Ay! Huesos áridos, descarnados restos de miserables que en ese sitio

expiaron sus delitos se ven esparcidos acá y acullá; quizá se ve también ahí la calavera del primer criminal, que va á recibir la sangre de su reparador y lavarse con ella... ¡Ah! ¡Con cuánta resignación os ofrecéis á vuestro eterno Padre! Puesto de rodillas besáis la tierra misma que va á regarse con vuestra última sangre... Ya principia la última escena de ese terrible sacrificio, el sacrificio de vuestro corazón. Tomad, Señor, el mío, harto rebelde á vuestro amor, y sacrificadle á una con el vuestro.

Á LOS KIRIES Y AL GLORIA

Tened misericordia, Señor, de los pecadores (así habláis, Jesús mío); perdonadles sus faltas, olvidad sus crímenes, porque yo quiero expiarlos, yo sufrir su pena, y pagando esa deuda tan enorme satisfacer vuestra justicia y hacer que resalte vuestra gran misericordia. Gracias, Jesús mío: admirada mi alma á vista de tan inefable bondad, no puede menos de exclamar:

¡gloria á Dios en las alturas!, porque en el Calvario quiere morir por los pecados de la tierra; y ¡paz á los hombres que son de buena voluntad!, porque en ese monte santo van á borrarse las enemistades con su Dios. A fijarse va una escala más alta y más fuerte mil veces que la de Jacob; no los ángeles á la tierra, ni los justos al empireo... Dios bajará á los pecadores, y los criminales arrepentidos subirán hasta los brazos del Eterno. ¡Bendito seáis, Dios mío, por vuestra indecible misericordia! Aumentadla con la gracia de hacerme digna de ella.

Á LA EPÍSTOLA

En ese monte, alma mía, van á cumplirse las profecías todas de la antigua Ley, y cuanto Moisés y los Profetas han escrito del Mesías; á sepultarse va con honor la ley de los esclavos, ley de penas, de terror, para promulgarse en seguida el Evangelio, esa ley de gracia, esa ley de amor.

AL EVANGELIO

Ya pasa al pueblo gentil la divina herencia; ahí se truecan las manos de Jacob... Raza de Canaán soy yo, mi amante Jesús; fijad sobre mi cabeza vuestra diestra, y llenadme de bendiciones; el óleo santo de la gracia venga á ungir mi duro corazón.

AL CREDO

Aunque os vea, mi Jesús, bajo la forma de un malvado, de un criminal que va á pagar todos sus delitos, y á quien espera un afrentoso cadalso, yo CREO que sois un inocente, que sois el Señor de los cielos y de la tierra, que sois el altísimo Dios, á quien el Sol y la Luna obedecen y al que sirven los más encumbrados serafines; el amor, y sólo el amor, ha podido obligaros á tomar una forma tan degradante y abatiros tanto, que ni la hermosura ni aun el aspecto de hombre os ha quedado. ¡Ah, cuál os han puesto mis pecados!

AL OFERTORIO

Ya os arrancan las vestiduras que tan pegadas están á vuestro santo cuerpo, y con ellas sale á pedazos vuestra carne santísima, renúevanse todas las heridas y brota la sangre por todas partes; también se desgarran las llagas de las espinas, porque al sacaros la túnica por la cabeza sale con ella la corona. Mas ¡ay! alma mía, ¡cuánto más triste es lo que sigue! Le mandan tender sobre la cruz... una puñada le dan para que lo haga más prontamente; comprímenle contra el madero, y los nudos de éste se le meten por las renovadas llagas de los azotes; estíranle las manos y los pies para hacerlos llegar al sitio señalado para enclavárseles; aquí vuelve á ofrecerse Jesús á su eterno Padre mientras se apuntan gruesos clavos á sus manos y á sus pies...; descoyúntanle los huesos... estíranle con cordeles... ¡Ah! El golpe del martillo..., el volver la cruz para remachar los clavos...; ¡qué escena, alma católica! Repásala con amargura, porque la pluma se niega á manifestártela.

AL PREFACIO

Ya levantan la cruz en alto, ya la dejan caer con fuerza en el agujero de una peña...; estremécese aquel cuerpo santísimo, y principia á correr copiosamente la poca sangre que le ha quedado... Aproxímate más, alma cristiana; acércate á esa saludable piscina; ya que están movidas sus aguas, sumérgete en ellas; ahí se curarán tus dolencias, ahí te limpiarás de inmunda lepra; se regará tu endurecido corazón, y te refrescarás del fuego de abominable impureza que te abrasa; aumenta esas aguas con las que brotan de tus ojos, llora tu desagradecimiento, tus pecados y la muerte cruel que tantas veces has dado con tus delitos al verdadero Jesús.

Á LA ELEVACIÓN

Murió; ya entregó su espíritu en las manos del Padre; este Hijo querido ya está sacrificado sobre la cima de ese monte fatal... Acércate...; ya no respira; cerrados están aquellos ojos que ani-

maban á la Naturaleza; lívidos aquellos labios que alegraban á los justos...: ya no hablan palabras de vida eterna; inmóviles aquellos pies que corrían en busca de los pecadores; yertas aquellas manos que tantos dones derramaron sobre la tierra; aproxímate más..., pon la mano sobre su corazón..., ya no late: muerto está tu Dios... ¡Ah! ¡cuál le ha puesto el pecado! Tómale de los brazos de María, pide permiso á esta Señora para que te le deje por un instante, y ve adorando todos y cada uno de esos miembros tan horrorosamente desfigurados, con tanta crueldad atormentados; recoge en seguida su sangre preciosa derramada en el suelo, pisoteada por los judíos, salpicada en las manos y ropaje de los verdugos; adórala con la mayor sumisión; en aquel cáliz está toda, como sobre aquella ara está el cuerpo; ahí está Cristo todo entero, ahí está Jesús, tu vida y tu verdadera dicha; adórale, pues, y ve saboreando con devoto ánimo la siguiente oración, en la que procura decir con grande ardor la dulcísima palabra *no permitas que jamás me separe de Ti.*

ANIMA CHRISTI

Alma santísima de Cristo, santifícame.
Cuerpo preciosísimo de Cristo, sálvame.
Sangre preciosísima de Cristo, embriégame.
Agua del costado de Cristo, purifícame.
Pasión de Cristo, confortame.
¡Oh mi buen Jesús!, óyeme;
Dentro de tus llagas escóndeme;
No permitas que jamás me aparte de Ti;
Del maligno enemigo defiéndeme;
En la hora de la muerte llámame,
Y mándame ir á Ti;
Para que con tus santos te alabe
Por los siglos de los siglos. Amén (1).

(1) Por cada vez que con devoción se rece esta oración se ganan 300 días de indulgencia; siete años de perdón si se dice después de la comunión ó celebración de la Misa, y una indulgencia plenaria al mes dado que se rece cada día. (Pío IX, 9 de Enero de 1854.)

AL SUMIR

Ya se trata de darle sepultura, mas no hay sepulcro donde colocarle; ofrécele tu pecho, límpiale con un acto de contrición para que acepte esta morada; mira el fúnebre entierro; aquí va primera la santísima Virgen, tu Madre, porque quiere hermosear el lecho en que se ha de colocar. ¡Ah! Dadme, Señora, todas las gracias, las virtudes y los dones del Espíritu Santo, vuestro divino Esposo, para ser digna habitación de vuestro santo Hijo. José y Nicodemus siguen con el sacratísimo cádáver. ¡Ay dulce Jesús mío!, que no soy digna de que entréis bajo el humilde techo de mi alma; decid, os ruego, una sola palabra, y mi alma será sana á pesar de las profundas heridas que en ella hizo el pecado.

Á LA BENDICIÓN

Consumada está la obra; pero no me apartaré, ¡oh beatísima Trinidad!, sin que hagáis descender sobre mí vuestra abundante bendición, para que,

enardecida mi alma viendo el amor que me habéis mostrado, ¡oh Padre celestial!, con darme á vuestro unigénito Hijo, la ternura de éste en sacrificarse por mí y la gracia que el Espíritu Santo me comunica, no sepa hacer otra cosa que amaros y serviros fielmente.

AL ÚLTIMO EVANGELIO

Con Vos me voy, Madre mía, repasando lo que acaba de verificarse en el Verbo consubstancial con el Padre, hecho hombre por amor mío en vuestras purísimas entrañas. Quiero consolaros, ¡oh ternísima Madre!, haciendo compañía en vuestra dura soledad! Mas ¡ah! no miréis, no, ¡oh bondadosa Señora!, mis manos manchadas con la sangre de vuestro santísimo Hijo, ni mi semblante afeado por la desenvoltura de la inmodestia con que tanto le ofendí; mirad más bien que, hiriendo mi pecho lleno de dolor, me bajo de ese monte diciendo llorosa y compungida: Me pesa, Señor, de haberos ofendido, pues verdaderamente sois el Hijo de Dios.

ACABADA LA MISA

¡Cuán bueno sois, oh Dios mío! ¿Y quién no os amaré? Todo entero os habéis dado á mí; he aquí que yo á mi vez me quiero dar toda á Vos; y así por las manos de María, mi santísima Madre, os ofrezco mi oblación, diciendo: Tomad, Señor, y recibid mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad; cuanto tengo y poseo Vos me lo dsteis, á Vos lo devuelvo; sólo quiero vuestro amor con vuestra gracia y nada más, pues soy con esto bastante rica; Señor, haced que yo os ame ahora y siempre. Amén.



CONFESIÓN

¡Qué hermosa transformación la que hace en el alma el santo sacramento de la Penitencia! El culpado se convierte en inocente, el esclavo de Satanás en hijo de Dios, y el que poco antes era monstruo horrendo por la culpa, en imagen bellísima del Criador. ¡Tanto es el poder de la divina gracia que se comunica en este Sacramento! Necio es, pues, el que mira con horror á un Sacramento tan saludable, recibéndolo tan sólo, ó por temor á las censuras de la Iglesia, ó por respeto *al que dirán*. ¿Qué delincuente se detuviera perezoso en las prisiones si dependiera su libertad de la confesión ingenua de su culpa? ¿Qué náufrago no alargaría la mano á la tabla que le ofreciese la Providencia? ¿Qué enfermo consentiría en morir por evitar lo poco de mal sabor de la medicina?